



Bautismo y Kénosis del Señor

La Iglesia celebra hoy día la Solemnidad del Bautismo del Señor. El Evangelio nos narra la escena que ocurre a orillas del río Jordán. Allí el Señor se acerca a Juan el Bautista para ser bautizado y dar inicio a su vida pública.

Dios había enviado a Juan como Precursor que anunciara a los judíos la venida del Mesías. Toda su enseñanza se resumía en estas palabras: *«Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca»* (Mt 3,2). A estas exhortaciones seguía el bautismo en las aguas del río, queriendo mostrar con ello a sus oyentes la necesidad de purificar sus almas para ser menos indignas de la venida del Salvador. Estaba Juan un día bautizando y predicando este bautismo de penitencia, cuando Jesucristo, llegada la hora de salir de la oscuridad de su vida oculta para manifestar al mundo los secretos divinos, fundiéndose con la muchedumbre de pecadores, se presentó con ellos a recibir, de manos de Juan, la ablución purificadora. Este prodigioso abajamiento, que da comienzo a los misterios de la salvación, nos deja confusos: *la Segunda persona de la Trinidad, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, ante la cual velan los ángeles su faz cantando «Santo, Santo, Santo» (Is 6,6) se mezcla con los pecadores y se presenta a recibir voluntariamente un bautismo de penitencia.* ¿Qué sentido tiene este acto del Salvador del mundo, de Aquel que no puede pecar?

La carta a los Hebreos nos dice que Cristo es santo; inocente, sin mancha, segregado de los pecadores (Hebr 7, 26). Mas he aquí que Él mismo se adelanta como si fuese culpable pidiendo el bautismo de la remisión de pecados. ¿Qué significa este misterio? El beato Columba Marmión comenta que en todos sus estados cumple el Verbo encarnado su doble misión: la de Hijo de Dios, en virtud de su eterna generación, y la de cabeza de una raza pecadora, cuya naturaleza ha asumido y a la cual tiene que rescatar. Como Hijo de Dios, puede sentarse a la diestra de su Padre, para gozar allí de la gloria que le corresponde en los

resplandores del cielo. Como Redentor divino, El mismo, sin necesidad alguna, y por amor nuestro se identifica con nosotros al punto de asumir nuestro pecado, según dice San Pablo: *«A aquel que no conoció el pecado, Dios lo hizo pecado en favor nuestro»* (2 Cor 5,21). Si toma sobre sí nuestras iniquidades, tomará también el castigo que ellas se merecían, y sobre El caerán, los dolores y humillaciones. Ese es el decreto eterno. Así comprendemos cómo desde el principio de su vida pública, al momento de inaugurar públicamente su misión redentora, se somete Jesús a un acto de profunda humildad, a un rito que lo coloca en el número de los pecadores.

Cuando Juan, sobrecogido por el temor de Dios, se niega a bautizar al Señor, Jesús le responde: *«Deja ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia»* (Mt 3,15). ¿Qué significa este «cumplir toda justicia»? Significa que las humillaciones de la humanidad de Jesús, al rendir un homenaje supremo a la santidad infinita, constituyen el saldo íntegro de todas nuestras deudas con la divina justicia. Jesús, por medio de su inmolación, se convierte en Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y en propiciación por todas las ofensas hechas a Dios en toda la historia del mundo, satisface debidamente la justicia divina. De este modo, el misterio del bautismo de Jesús, que inaugura su ministerio público, contiene como el resumen de toda su misión en la tierra: pues en la humillación que quiso sufrir —al buscar aquel rito de penitencia para remisión de los pecados—, figuraba ya el bautismo sangriento de la cruz y el cumplimiento de toda justicia. Desde entonces tributa a las perfecciones infinitas de su Padre, ultrajadas por el pecado, el homenaje supremo que merecen las humillaciones y abatimientos con los cuales realiza nuestra redención. Así como el bautismo constituye para Cristo el resumen de toda su misión redentora, así también contiene en germen todo el desarrollo de la vida cristiana con su doble aspecto

de muerte para el pecado y vida para Dios.

Si el Verbo hecho hombre ha buscado el camino de la humildad para redimirnos, Él que no tenía pecado se hizo pecado, se humilló hasta la muerte y muerte de cruz, para pagar los pecados que no eran suyos, ¿por qué a nosotros que sí somos los autores de tamaña ofensa a Dios nos cuesta tanto humillarnos? ¿Por qué nos cuesta reconocer nuestro orgullo? Hoy día somos invitados por estas lecturas a preguntarnos si habríamos ido al Jordán a ser bautizados

por Juan. Pidamos mucha humildad al Espíritu Santo y no desaprovechemos ninguna oportunidad que la Providencia nos dé para ejercitarnos en la humildad que es andar en la verdad.

Pidámosle a la Santísima Virgen María, nuestra Madre, ella, la humilde esclava del Señor, que nos enseñe el secreto de la humildad y de la alegría que es su fruto más propio y maravilloso.